

ESTANEBRAGE

RODRIGO PALACIOS

ESTANEBRAGE

EL ÚLTIMO BASTIÓN



MARLOW

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa

Ilustración de la cubierta: Alberto Jiménez Alburquerque, 2014

 MARLOW es un sello editorial propiedad de  edhasa

Primera edición: noviembre de 2013

© Rodrigo Palacios, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-92472-62-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 17703-2014

Impreso en España

Para Miriam, que también volvería a rescatarme.

Anyone can start a conflict.
(*Cualquiera puede iniciar un conflicto*)
«*I'm Sensitive*», Jewel

Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.
Juan de la Cruz

TAMBORES

Los ojos preocupados del Duque de Borno escrutaban el valle a través de la saetera. El hombre, más que maduro, curtido en cuerpo y alma por años de batallas políticas y orgullosas, observaba anonado la ocupación omnipresente del ejército que asediaba la ciudad.

Era increíble lo que se presentaba a los pies de las murallas.

Su territorio, el único reducto libre durante los últimos tres años, estaba a punto de sucumbir, como lo hicieran antes el resto de las poblaciones del país.

Presionó con los dedos las arrugas de su frente, mientras volvía a pensar en lo que estaba sucediendo. Seguía sin saber qué se le había escapado.

Borno era una isla de piedra en medio de una extensión seca, poblada con escasos núcleos de hierba amarilleando al sol. Las contadas arboledas que hubo en los alrededores fueron taladas por orden del Duque cuando comenzaron las invasiones del norte. Ahora, desde las almenas la vista alcanzaba hasta las faldas de las primeras colinas, allá donde el horizonte se elevaba y desaparecía. La hondonada que la ciudad presidía era semejante en todas direcciones. Al entrar en el valle uno tenía la sensación de que éste hubiera sido formado cuando la fortaleza cayó del cielo como una roca mitológica, hundiendo el terreno y coronando su centro.

Un altar dentro de un volcán.

Fue su particular orografía la que sugirió al Duque la invención del sistema de defensa que le había hecho tan famoso. A lo largo de la linde del valle había ordenado levantar torres de vigilancia, con objeto de extender los ojos de Borno más allá de donde la naturaleza había impuesto límites. Los consejeros del Duque estudiaron la preparación de un método estratégico de intercambio de información entre las torres y el castillo.

En cada torre había dos hombres, y a cada uno se le había asignado un pequeño espejo, no más grande que un plato. Ambos hombres permanecían en lo alto de la estructura, haciendo turnos de guardia. También en cada puesto había un reloj de arena, idéntico a todos los relojes de arena de la ciudad.

Cada vez que se consumía un ciclo del reloj, todas las torres debían comunicar con destellos de los espejos su mensaje, aunque se tratara únicamente de una declaración de tranquilidad en el frente. Por la noche, los espejos eran reemplazados por el balanceo de las antorchas.

A lo largo de las murallas del castillo había una pareja de soldados asignada a cada torre, y esos hombres debían asegurarse, tras cada vuelta de la arena, de que las torres transmitían sin demora. Después, uno de los soldados de cada pareja en las murallas se dirigía a donde estuviera el capitán de la guardia para dar el parte.

En total eran veinticuatro atalayas rodeando el castillo, todas a la misma distancia de Borno. Vigilaban lo que desde la ciudad no se podía ver, y también se vigilaban entre sí. Cada soldado tenía un caballo preparado al pie de la estructura, dispuesto con comida y bebida abundante.

Si se rompía el espejo de una de las torres, quedaba otro de repuesto. Si se rompían los dos, uno de los vigías cogería su caballo y galoparía para avisar a la torre más cercana. Si uno o ambos caballos se hubieran puesto enfermos, o hubieran sido robados o atacados, en Borno habrían sabido que algo ocurría en cuanto se hubiera cumplido el siguiente ciclo.

La sincronización era perfecta. Todos los relojes se daban la vuelta a la vez, y si uno se retrasaba o adelantaba recibía un aviso desde Borno para que ajustara el ritmo con los demás.

El sistema había sido ideado para contar con una información sobradamente anticipada.

Si un ejército como el que ahora lamía los pies de las murallas se hubiera acercado al valle, habría sido descubierto cuando estuviera a una jornada de viaje de la ciudad...

Sin embargo, el Duque había despertado con el sonido rítmico y tenaz de mil tambores que se aproximaban tronantes desde todos los límites de sus dominios.

Veinticuatro torres. Dos hombres en cada torre. Dos espejos en cada torre. Dos caballos y un reloj de arena en cada torre. Dos soldados vigilando a cada una de las torres desde las murallas de la ciudad... Incluso se hacían cuatro turnos diarios para sustituir a los vigías, que volvían a Borno para dar su parte de incidencias al capitán.

¿Cómo era posible que nadie hubiera visto nada hasta el alba?

¿Cómo era posible?

No era posible. Era magia. Tenía que ser magia.

* * *

En la misma estancia desde la que el Duque escudriñaba el valle, sus consejeros se devanaban los sesos sobre un mapa acartonado, cubierto con la improvisación de un montón de objetos que representaban los distintos peligros que amenazaban a la ciudad.

El Duque se volvió lentamente para observarlo. Innumerables jarras, tenedores, cuchillos y platos dibujaban la estrategia endemoniada con que estaban siendo asediados. Trató de ignorar el cadencioso miedo que le filtraba la reverberación de los tambores desde allá abajo, en las murallas, donde el enemigo se relamería ante la jauría de deseos ocultos que se preparaba para saciar.

Recordó sus propias sensaciones en tiempos pasados, cuando era más que un hombre; cuando había sido un animal sanguinario. Los asedios eran una orgía para los instintos. Los soldados eran fieros porque querían creer que iban a ser capaces de tomar las ciudades. Creerlo era dar por hecho un festín de sangre y sexo sin piedad, con el que habían soñado durante todo el camino hasta las puertas de las murallas.

Las gestas hablaban de la gloria de batallas nobles, de espada limpia y justiciera, pero la realidad era bien distinta.

El guerrero sabio no era el que infundía valor a sus hombres, sino el que les comprendía en lo más hondo de sus primitivas vísceras. Había que saber lo que era enredarse en la infranqueable zarza de sangre y metales, para comprender que sólo impulsos tan profundos como los de un demonio podían llevarle a uno a desear seguir construyendo el infierno en mitad de una porción de la propia vida.

Matar. Violar. Hacer sufrir... Esos eran motores. El valor no se podía transmitir. Un líder debía infundir en sus hombres odio, sed de venganza, hambre... El hambre era muy poderosa. Un soldado útil era aquel que deseaba ser liberado de las cadenas que le ataban al suelo para abalanzarse sobre lo que se le pusiera por delante. Necesitaba acicates superiores al del miedo a morir.

La juventud de un guerrero era una etapa singular. Se vivía como un cáliz inagotable que puede derrocharse a diario sin miedo a que se consuma. El poder creaba adicción. A medida que se acumulaban las victorias todo crecía: ansia, fama, resistencia, indiferencia... La idea de la supervivencia, tan absurda en un principio, se tornaba poco a poco en una realidad sólida. Le volvía a uno invencible.

Lo normal después era que la muerte le sumara a la lista, y que todo el sueño acabara en un baño injusto de lágrimas calientes e implacables gritos desaforados, salvajes. El odio y el placer en la mirada viciosa del enemigo.

Los que no morían, para bien o para mal, se transformaban. Tarde o temprano había que transmutar a otra cosa. La mayoría acababa por dirigir a un conjunto de hombres devotos, reflejos inocentes de lo que uno fue en ese tiempo aparentemente lejano. Después de haber habitado los avernos que ellos iban a pisar, y que tanto temían, no era difícil comandarles. La psicología de un jefe se basaba en una empatía antigua. Llevar de caza a un grupo de perros que no se atreven con los jabalíes: bastaba con obligarles al hambre, al odio, a la necesidad, y no desearían sino eliminar a la presa, incluso en sus propios sueños.

Otros veteranos dejaban de batallar, y eran arrastrados por un tipo distinto de inocencia hacia la política. Lo que parecía ser un campo de batalla más simple terminaba por revelarse como un infinito mar de esquivas palabras que no conducían a ninguna parte. Los guerreros que se convertían en dirigentes se aburrían hasta de sí mismos. Los placeres que antes les llenaban se tornaban vacíos; y ningún adorno de piedra, tapiz o palacio los hacía más apetitosos.

Ni siquiera el sexo, aquel devoto amigo que no fallaba nunca, era igual de sabroso al ser regalado desde una cama aterciopelada,

de manos de una mujer enseñada a no mostrarse molesta. Nada tenía que ver con lo que se lograba con la abstinencia prolongada a causa de las caminatas polvorientas desde un castillo al siguiente.

* * *

El Duque formaba parte de ese grupo de arrepentidos, y ya no era capaz de creer que una vez fuera quien fue, y que se hubiera convertido en lo que era ahora. Muchas veces se preguntaba cómo era posible haber traído al mundo a sus dos preciosas hijas, después de haber segado tantas vidas en tantos lugares, sin siquiera tener motivos justificados para hacerlo.

Los tambores que retumbaban al otro lado de los muros hacían que se lo cuestionara una y otra vez.

¿Por qué les tenía miedo? ¿Por qué, otra vez, como al principio, antes de su primera batalla?

La respuesta, sin duda, estaba en ellas. Sus niñas eran su tesoro, su vida. Las sentía igual que si su propia alma se hubiera repartido entre sus dos cuerpos, y dentro de él ya no quedara más que la fracción necesaria para velarlas.

* * *

Los consejeros, más inquietos por ellos mismos que por sus familias, repetían mil estupideces sobre el modo de escapar a una muerte tan cierta. Aquella mañana, el primer comentario inteligente que oyó el Duque salió de los labios del general Naer. No le sorprendió; los demás eran nobles de cuna, que les acompañaban ahora porque sus padres se habían preocupado de procurarles un puesto respetable. Estaba seguro de que más de uno ya habría pensado en salir corriendo en cuanto pudiera.

Naer era el único, además del propio Duque, que sabía obviar lo evidente: nadie deseaba estar allí, pero eso no ayudaba a plantear una estrategia.

—No podemos salir de la ciudad —sentenció—. Es el primer camino hacia la muerte. Tampoco podemos luchar: eso sólo retrasaría lo inevitable.

–¿Inevitable? –preguntó el viejo Jatanco. Su confianza en la fiereza de los guerreros era tan profunda como su ignorancia en el arte de la guerra–. ¿Por qué no podemos luchar para escapar?

La responsabilidad que su título llevaba implícita, en relación con las gentes que estaban a su cargo, no era algo fácil de hacer entender a un noble palaciego. Cuando se oían gritos y retumbos, todos los de alta alcurnia y poca batalla desaparecían como cucarachas en presencia de una vela.

–Ya es tarde para arrepentirse de no haber pactado una rendición –rechazó Naer. Su voz mostraba una honda cicatriz en el orgullo–. Debimos haberlo pensado mejor cuando decidimos no entregar la ciudad, pero ahora no podemos echarnos atrás y abandonar a nuestro pueblo a su suerte.

–¿Habláis de sacrificar nuestras vidas? –inquirió otro noble.

–De eso hablo –contestó el general–. Precisamente.

El Duque compartió una mirada fría con Naer. Entre ambos había un entendimiento superior al que existía con cualquier otro de los presentes. Sólo ellos sabían que nada de lo que hicieran iba a tener ya ningún efecto sobre el resultado. Borno caería bajo el yugo del enemigo.

Les habían sorprendido. No podían hacer nada al respecto.

–Tenemos que pedir ayuda –dijo el Duque.

–No podemos pedir ayuda –insistió Jatanco, seguramente preocupado por la idea de que alguien que no fuera él tratara de salir de las murallas–. No podemos, mi señor. Ya no hay tiempo...

–No se trata de barajar las opciones –remarcó el Duque, que volvió a mirar a Naer y dijo lo siguiente, pretendiendo disculparse–: No tenemos otra opción.

* * *

–¿Qué crees que va a pasar? –preguntó Ela.

Se apretó más contra el pecho de Niclai. Los huesos del muchacho estaban cerca de la piel, pero tenía un cuerpo caliente y agradable que ella sabía apreciar en los momentos en los que necesitaba evadirse. Los tambores hacían que aquel fuera uno de esos momentos. Retumbaban dentro de las paredes, y sonaban a muerte.

Niclai la rodeó con ambos brazos. Estaban agazapados en un viejo almacén, junto a la muralla, y en el muro había un agujero; un pequeño orificio que permitiría el paso de una mano entre las piedras. Era emocionante escuchar tan de cerca los sonidos del ejército que se preparaba allá fuera. Daba miedo, pero al mismo tiempo le llenaba a uno de curiosidad por saber cómo eran aquellos hombres curtidos en otras guerras pasadas, preparados para hacer todo lo que les pidieran sus generales. El joven zapatero casi sintió envidia, durante un breve lapso en que el temor se esfumó distraídamente.

–No creo que nos pase nada –declaró, convencido–. El Duque rendirá la ciudad. Ya lo verás.

–¿Rendirla? –cuestionó Monceo sin respetar la intimidad de los amantes.

Había escogido el mismo agujero para poder espiar el exterior. Le llamaban la atención los caballos. Buscaba y rebuscaba con la mirada para encontrar a una de esas bestias anchas que sólo poseían algunos afortunados de cierto renombre. Sin embargo, con Niclai y Ela ahí en medio y sin querer apartarse, le costaba mucho escrutar el valle a través del pequeño hueco.

–¿Por qué no os vais a un rincón a hacer arrumacos? –Se quejó malicioso–. Podríais fabricar un chiquillo, un pequeño Niclai. Cuando se haga mayor, podréis contarle que fue concebido al ritmo de los tambores de la rendición de Borno. ¡Rendición! –se mofó–. ¿Lo crees de verdad, Niclai?

–El Duque es un buen hombre –respondió el joven zapatero–. No nos dejará morir.

–Si rinde la ciudad, le matarán a él de todos modos –insistió su amigo–. Ya sabes lo que dicen de Lombar Natoque: los que no se rinden, mueren; y los que se rinden, también. El Duque morirá igualmente. Lo que tiene que decidir es si está dispuesto a sacrificarse por nosotros, o si prefiere arrastrarnos con él a la tumba.

–¡Cállate, Monceo! –le riñó Ela molesta–. Asustas a los niños.

Monceo volvió la vista al otro extremo de la habitación. Compartían la estancia con doce personas más, cuatro niños incluidos. Ninguno de los presentes sería tan osado de hablar con semejante ligereza de la muerte del Duque; ni siquiera estaban interesados

en acercarse a la muralla para contemplar a la jauría que se concentraba en el exterior.

Niclai besó la frente de Ela, mientras pensaba en lo que sabía sobre Lombar Natoque. Poco de lo que se contaba sobre él parecía cierto. Decían que no podía morir, y que no dormía nunca. Muchos hablaban de su estatura descomunal, y de unos ojos de fuego que helaban el corazón de quien los miraba. Todo sería mentira, creía él, pero lo cierto era que no podía tratarse de un hombre como los demás, porque tuvo el valor de declararle la guerra a un país entero hacía una década, y desde entonces no había perdido ni una sola ciudad de las que había conquistado. Borno era la única fortaleza que le faltaba para hacerse con el control de aquel territorio mal definido por las fronteras.

Niclai se preguntó si aquel ser de leyenda habría viajado hasta allí con su ejército, o si en cambio se encontraría ahora lejos de Borno, disfrutando de placeres de rey en la alcoba de otro castillo, mientras sus hordas se concentraban impacientes a las puertas de la ciudad, deseosas de regalarle a su señor el cuerpo de la presa postrera que se resistía a ser capturada.

Regresó a la observación del exterior, y de inmediato recuperó el temor que hacía un momento le había parecido absurdo. Tal vez Monceo tuviera razón. ¿Y si el Duque se negara a rendir la ciudad? Después de todo, ¿qué hombre en su lugar se entregaría a la muerte? Niclai no se creía capaz de algo así. Sólo podría morir por Ela, pero nunca por el resto de Borno.

Tragó saliva. No debía parecer asustado, o ella lo notaría y se asustaría también.

—Puedes jurarlo —recitó Monceo, distraído con su permanente búsqueda de caballos grandes—. A mí lo mismo me da si rinde o no rinde la ciudad. Yo de aquí no me muevo hasta que todo haya terminado.

Monceo era un tipo peculiar. Mostraba todos los sentimientos sin pudor, a excepción del miedo. Hasta ese extremo llegaba su orgullo. Si algo le molestaba, las quejas no tardaban en llegar, pero jamás reconocería estar asustado. Su manera de hacer ver que sentía temor era llamar estúpido a quien quisiera enfrentarse al peligro. Mucha gente en Borno no simpatizaba con Monceo, pero

Niclai le conocía lo bastante para saber que debajo de aquella arrogancia se escondía un buen amigo.

Estaban ocultos allí gracias a él. Cuando llegó la noticia de lo que pasaba fuera, Monceo tuvo una idea brillante: lo mejor era buscar un escondite cercano a las murallas, aunque lo más alejado posible de las puertas. Todo el mundo huiría hacia el núcleo de la ciudad, a lo más próximo del centro que se les permitiera, de modo que cerca de los muros sería más fácil ocultarse y pasar desapercibidos. Además, en caso de asedio, los soldados también correrían hacia el interior. Niclai no sabía nada de lo que ocurría en asaltos como aquéllos, pero el razonamiento de su amigo le parecía acertado.

Estaban refugiados en un antiguo almacén de grano, cuyo olor aún se percibía en el aire. La puerta ya estaba cerrada, pero todavía no la habían bloqueado: si alguien más quería esconderse ahí, ellos no le privarían de esa oportunidad. Junto a la puerta habían acumulado toda suerte de objetos que encontraron abandonados en el interior, con la idea de usarlos para bloquear el acceso definitivamente. Cuando el ataque comenzara, olvidarían su generosidad y procederían a encerrarse.

La característica ironía de Monceo hacía que se respirara un liviano aire de seguridad en el escondite. Su forma confiada de hablar transmitía a los presentes una tranquilizadora sensación de invulnerabilidad, y Niclai se alegró especialmente por los niños. Él nunca había sufrido un asedio, y todo lo que sabía sobre ellos era lo que había oído contar a los supervivientes de otros anteriores. Algunos decían que no eran tan terribles, que sólo había que ocultarse y esperar, y no cruzarse con los soldados hasta que todo estuviera tranquilo. Otros, por el contrario, lo describían como lo peor que una persona puede ver pasar ante sus ojos: hombres comportándose como animales, trinchando la carne de sus semejantes sin muestra alguna de piedad, azotando con espadas, lanzas y brazos a cualquier cosa que se moviera. Llamas por todas partes, lluvias de flechas que entraban en los cuerpos asustados a la velocidad del viento... Gritos, lamentos... Rezos agudos y desesperados. Cosas que prefieres olvidar, pero que quedan grabadas a fuego en mitad del alma.

Niclai miró la puerta y sintió el impulso de atrancarla de una santa vez. Sabía que si lo hacía todos le secundarían, pero se contuvo porque pensó en los amigos y conocidos a los que todavía no había visto desde que se dio aviso de la amenaza. ¿Dónde estarían ahora...?

Ojalá el ataque no llegara nunca. Si el Duque daba su vida por ellos, siempre le recordarían con cariño. Contarían a sus hijos que fue un hombre bueno. Un hombre que prefirió morir solo antes que permitir que destruyeran su ciudad.

Alguien golpeó la puerta desde el exterior. Estaba un poco atascada porque la madera era vieja, y quien la empujaba se esforzaba denodadamente por abrirla. Se miraron entre ellos, inseguros de pronto sobre su idea de dar a conocer el escondrijo a quien lo pudiera necesitar.

Una voz grave y firme no dio lugar a muchas dudas.

—¡Abran esta puerta! —Ordenó—. ¡Abran!

Antes de que ninguno de ellos reaccionara, el desconocido logró desatrancarla de una patada. La madera giró vertiginosa y alcanzó la pared con un golpe seco.

El soldado dio unos pasos hacia el interior. Se detuvo para escrutarlos a todos, uno por uno. Niclai le reconoció de inmediato. Era un corredor muy famoso en la ciudad.

Todos los años se celebraba una carrera en honor al Duque, y todos los años la ganaba Niclai. Aquel soldado había quedado cuarto en la última, hacía ya tres meses. Era un hombre alto y de hombros anchos. Niclai recordaba que se había fijado en él antes de la carrera porque no le había parecido que cumpliera con el perfil de corredor: demasiado fornido y grande. Él, por el contrario, era delgado y fibroso. Perfecto para ganar.

El soldado se encontró con sus ojos y sonrió. El zapatero tuvo el presentimiento de que algo malo estaba a punto de suceder.

—Estanebrage —le dijo—. Tú eres Niclai Estanebrage, ¿no es así?

Niclai dudó, primero. Luego asintió, lento. Ela le miró con rostro perplejo. Él trago saliva.

—Necesito que vengas conmigo —añadió el soldado.

—¿Para qué? —intercedió la muchacha.

–La ciudad le necesita –respondió el hombre.

Ela sintió un escalofrío. Agarró con fuerza el brazo de Niclai y miró al soldado de soslayo, como apartándole de su mundo con un leve atisbo de indiferencia.

–No –rechazó–. Niclai no puede ir contigo.

–No he venido aquí a discutir. Estoy cumpliendo órdenes.

–No puede irse –replicó Ela tajante. Después corrigió un poco el tono para tornarlo más amable–. Por favor..., no puede irse.

Niclai se sintió en medio de ambos, como si hablaran de otra persona que no estuviera allí. Intuyó que el soldado mentía. No era cierto que quisiera llevárselo porque cumpliera órdenes; al menos no era sólo eso. Le llenaba una especie de orgullo satisfecho. Quería inmiscuir a Niclai en algo de lo que él no podía librarse.

El soldado se acercó hasta él y le agarró por el brazo.

–Vamos, muchacho –dijo–. No permitas que una mujer decida por ti.

–Vamos a casarnos la semana que viene –se defendió Ela–. Por favor, voy a ser su mujer.

El soldado dudó un instante. Buscó la verdad en el gesto de la muchacha. Pareció comprender que no se trataba de un farol. Casi dio la impresión de sentirse culpable por tener que llevárselo.

–Lo siento mucho –dijo finalmente–. Si nos ayuda y todo sale bien, no habrá ningún problema para que se celebre la ceremonia.

Y de inmediato tiró de Niclai sin que pareciera suponerle demasiado esfuerzo. Ela no soltó el brazo de su futuro marido, lo que no representó demasiado impedimento para el soldado.

–¡Por favor, por favor, no os lo llevéis! –imploró Ela.

Un precipitado carraspeo en la voz dio pie al inminente llanto. Al escucharlo, todos, incluido el propio Niclai, se dieron cuenta de la gravedad de la situación. Lo que estaba pasando era real. No se trataba sólo de ellos, allí escondidos en su refugio, sino que alcanzaba hasta lo alto del castillo, donde los hombres que tomaban las decisiones barajaban planes que afectaban a chicos que no sabían nada de armas ni de guerras. Pero eso no parecía importarles. Lo capital eran sus propósitos, fueran cuales fueran.

–¡No le ha hecho daño a nadie! ¡Sólo es un zapatero! ¡Por favor, no os lo llevéis!

El soldado no se detuvo. Monceo estaba petrificado. No sabía si acercarse para intentar detener al hombre o si persuadir a Ela para que cesara en su empeño. Contradecir a un guardia no era una actitud muy juiciosa.

La mujer se postró de rodillas delante del soldado.

—¡Por favor, os lo ruego! —Suplicó—. ¡No dejéis que le maten!

El soldado levantó la mano amenazadoramente.

—No hagáis esto más difícil —sentenció en un susurro grave.

Ela no se acobardó, pero dejó escapar un sollozo de terror. El soldado le puso la mano en el hombro y la apartó, lanzándola contra el suelo. Ela se levantó enseguida. El hombre soltó a Niclai y sacó la espada. Se dirigió a Ela, que de pronto le miró estupefacta, sin saber qué hacer ni hacia dónde dirigirse.

Ante el brillo manchado del metal, Niclai pareció despertar de su letargo y reaccionó. Lanzó una exclamación firme y rápida.

—¡No! —imploró—. No, por favor, ¡iré contigo!

El soldado se detuvo, pero siguió mirando a Ela con una mezcla de odio e impaciencia. Ella clavó los ojos en Niclai, pasmada y confundida.

El soldado volvió a agarrar al joven zapatero por el brazo y se encaminó espada en mano hacia la salida del granero. Estanebrage era llevado como un cordero que arrastra los pies hacia el matadero. Compartió una larga mirada con Ela, que no pudo más que quedarse en el suelo, sintiendo el vértigo de lo cruel. Se quedaba sola. De pronto la apartaban de Niclai sin darle tiempo para hacerse a la idea.

El soldado y Niclai Estanebrage desaparecieron, pero antes de que la puerta se cerrara del todo la voz asustada del muchacho se coló, sorda, a través de la madera:

—¡Cuídala, Monceo!

De haber sabido lo que comenzaba aquel día, habría escogido otras palabras más solemnes.

* * *

El pasillo abierto al cielo era lúgubre y olía a humedad. El sonido de los tambores se hacía más profundo a medida que avanzaban.

Desde algún punto sobre sus cabezas, más allá de los altos muros, llegaba la luz en diagonal, tiñendo la piedra de una de las paredes con un brillo acuoso y resbaladizo. Niclai caminaba delante del soldado, que se había cansado pronto de tirar de él, y en vez de eso le azuzaba desde atrás para que apretara el paso.

–¡Vamos, muchacho! –le increpó–. ¡Que no estamos dando un paseo y nos esperan!

Niclai no conocía esa parte de la ciudad, ni sabía dónde conducía aquel pasillo cuya pendiente les iba hundiendo más y más en el terreno. Si no fuera por la presencia de las paredes a ambos lados, juraría haber caminado lo suficiente para estar ya fuera de Borno.

Finalmente divisó a un grupo de hombres. Estaban tan quietos que parecían estatuas, y formaban un extraño círculo silencioso. En realidad, Niclai no habría sabido decir si estaban hablando, porque el ruido del ejército al otro lado de las murallas resonaba en las paredes y no le permitía escuchar voz alguna. Además, la sombra de uno de los muros abrigaba al grupo y ocultaba sus rostros.

Cuando estuvieron un poco más cerca, vio que algunos de aquellos hombres eran soldados. Yelmos y ropajes duros y adornados de metal. Eran los que formaban el círculo. El interior lo ocupaban otros semejantes a Estanebrage, vestidos de forma sencilla. No parecían contentos de estar allí. Niclai comprendió que le habían traído para unirse a ellos.

Pero todavía no entendía la razón.

Justo detrás de los hombres, había un ancho acceso cerrado por dos portones orlados de metal. A modo de aldabón, de cada uno de los portones colgaba una cabeza de lobo esculpida en un bronce gastado, también oxidado por la implacable humedad. Ese detalle convertía al adorno en un presagio tétrico. Niclai sintió que los dos lobos podrían hacerse corpóreos de repente y saltar sobre él, engullendo sus carnes en aquel lugar apartado del mundo. Tal vez lo deseaba, porque algo en su fuero interno preveía un destino peor.

–Has tardado mucho –bufó uno de los soldados al que traía al joven zapatero.

–Es Niclai Estanebrage –respondió él–. Ha merecido la pena el retraso.

Los ganadores de las carreras no solían despertar admiración en Borno, ya que el protagonismo lo acaparaban los campeones de otros eventos que demostraran atributos más varoniles: el levantamiento de peso, la lucha... Ser un buen corredor no aportaba mucha fama.

Sin embargo, entre los soldados sí se consideraba la importancia de ser veloz. Los que luchaban sabían que cualquier cosa que hiciera destacar a un hombre podía marcar la diferencia en el seno de una contienda. Después de cada carrera, se acercaban al padre de Niclai y alababan la capacidad del muchacho. Decían que podría ser un buen guerrero. Era ágil y despierto. Se movía deprisa.

El difunto Bastián Estanebrage negaba, mientras fingía agradecimiento.

–Es rápido –solía decir–, pero débil. Puede ganar en distancias cortas, pero no aguantaría una caminata de invierno. Tiene manos de artesano y no de guerrero.

Los soldados le miraban extrañados. Aceptaban su opinión de padre, y regresaban en busca de las jarras de cerveza. Ellos no lo veían para nada como el viejo Bastián.

Lo mismo daba ser el más fuerte que el más rápido.

Y en ese momento lo agradecían más de lo que Estanebrage podía comprender. Uno de ellos se acercó al joven zapatero y le dio una palmada de ánimo en la espalda.

–Espero que hoy estés en forma, muchacho.

Niclai no respondió. Escrutó al resto de los desdichados que ocupaban el centro del grupo. Reconoció a un par de hombres del molino que habían disputado con él la última carrera. También estaba Goro Martillo, uno de los herreros. Niclai le conocía porque sabía que era un buen amigo de Monceo. Se alegró de encontrar un rostro familiar, a pesar de las circunstancias.

–Vamos allá –indicó un soldado.

Se aproximó a los portones acompañado por otros dos, y juntos retiraron un enorme travesaño forrado de metal que se apoyaba en los cierres. Lo balancearon un par de veces de un lado a otro,

no sin esfuerzo, y después lo dejaron caer cerca de un extremo. Sonó igual que el tronco de un árbol al ser derribado. Los artesanos se sobresaltaron con el estruendo del eco producido por el choque.

Cuando las puertas fueron empujadas, las grotescas bisagras chirriaron quejumbrosas. Una definición ronca de la entrada a otro universo.

Ante ellos se abría una continuación más tétrica del mismo recorrido profundo. Era un túnel, que seguía en ligera pendiente descendente bajo un techo abovedado. Las piedras que sostenían las paredes y la bóveda eran negras como las de la madriguera de un oso.

No se distinguía el final.

—No es tan largo como parece —dijo quien parecía estar al mando. Dejó que su mirada se perdiera en las profundidades del túnel y tornó su voz a un comentario apagado—. Ojalá lo fuera...

Los hombres sintieron el aire helado que llegaba desde dentro. Niclai se preguntó para qué querían recorrer aquel pasillo.

—Os acompañaremos hasta el otro extremo —añadió el soldado—. El túnel acaba en medio de una pequeña vaguada copada por los zarzales, bien lejos de nuestras murallas. Por allí saldréis y echaréis a correr en dirección norte, hacia Lorno. No tenéis que llegar hasta la ciudad. Antes de hacerlo encontraréis un bosque muy denso. En él se oculta un ejército de reserva de esta ciudad. Os identificaréis y diréis que queréis ver al general Lala. Le contaréis lo que sucede aquí, y él sabrá lo que debe hacer.

Se interrumpió. Tal vez un gesto dubitativo. Niclai no supo reconocer de qué se trataba. Sin añadir más, les atrajo hacia el túnel con un gesto amplio del brazo.

—¡Vamos! ¡Seguidme!

Todos obedecieron y emprendieron la marcha.

Apretaron el paso hasta alcanzar un rítmico y lento trote. El repique metálico de las botas de los soldados contrastaba con el sencillo chapoteo del precario calzado de los artesanos.

Niclai se sintió extraño. Podía oír el murmullo del ejército, acallado por la tierra que les cubría, al tiempo que lo adivinaba más allá de ambos extremos del pasadizo. El jefe había dicho que

no era lo «bastante» largo. Alcanzarían la otra boca del túnel enseguida. Eso también significaba que probablemente no llegarían a superar la retaguardia del ejército enemigo que rodeaba la ciudad, y que les iba a tocar correr entre los soldados. Le habría gustado saber si sus compañeros de desdicha habrían llegado a la misma conclusión.

Era evidente por qué querían enviar a más de un mensajero: su intención era asegurarse de que al menos uno llegara al destino. Los demás morirían en el intento..., si no lo hacían todos.

* * *

Lalú Anibarca, el jefe de la cuadrilla de soldados, tenía su mente puesta en otro asunto. Estaba cumpliendo las órdenes más absurdas de su existencia, justo cuando tenía la sensación de necesitar encontrarle sentido a toda ella. Había llegado el momento que cualquier hombre de guerra espera: dar la vida por una causa.

Él quería dar la suya por la ciudad.

Borno era mucho más que sus gentes y sus muros. Más que lo que había dentro de ellos. Lalú percibía en ella a una madre comprensiva que le había dado todo lo que conocía desde niño. Creía poder sentir la tristeza que embargaba a la ciudad cuando escuchaba los sonidos de la guerra tan cerca de sus almenas, justo al otro extremo del foso.

Lalú estaba llevando a aquellos hombres a una muerte segura, y no encontraba el modo de transformar su cometido en algo heroico. Al poco de salir, aquellos infelices serían asaeteados como perros, y él tendría que apresurarse a cerrar la trampilla de acceso al túnel cuanto antes, para no dejar el paso franco al enemigo. Con ello estaría salvando su vida y la de sus subordinados, pero también enviando a hombres indefensos a la boca del lobo, mientras se quedaba atrás con los suyos, que seguramente tampoco se sentirían muy felices con su cometido.

Por si esto fuera poco, pedir ayuda al batallón del bosque no iba a servir de mucho. Fue puesto allí para que realizara un ataque preventivo –la palabra «suicida» lo describía mejor–, una maniobra para ganar tiempo en caso de que advirtieran un acercamiento

enemigo. Su cometido no era otro que el de distraer, y regalar tiempo a los habitantes de Borno para desalojar la ciudad.

Sin embargo, resultaba extraño que todo un ejército hubiera pasado por las cercanías de aquel bosque sin que ellos se hubieran dado cuenta.

¿Dónde estarían ahora?

Hacía ya mucho que se daba por hecho que el día de abandonar Borno estaba cercano. Era evidente que, siendo su ciudad la única que restaba por ser conquistada, cuando Lombar Natouque les alcanzara lo haría provisto de huestes suficientes para no permitirles pensar siquiera en la idea de soportar un sitio prolongado. Por eso dolía tanto en el orgullo ser sorprendidos de semejante manera. Habían perdido hasta la oportunidad de escapar.

Pero lo peor de todo era pensar en el motivo por el que ahora corrían por ese pasillo. El auténtico motivo. En lugar de rendir la ciudad, y entregar su vida a la causa de protegerla, el Duque estaba agotando las posibilidades. Tenía que ser consciente de que llamar al ejército oculto en el bosque no serviría de nada. Era obvio. Ya no estarían allí. Probablemente, incluso, habrían huido.

Aquella era una empresa condenada al fracaso: el Duque estaba dando palos de ciego, se resistía a admitir la evidencia. Era un gesto de cobardía.

Según iban acercándose al otro extremo del túnel, el ruido de las tropas hostiles se localizaba mejor. Los tambores parecían estar justo encima, y el grupo redujo paulatinamente la velocidad de la marcha. La vibración era más real que nunca. Niclai la notaba palpando su pecho, confundida con el nervio de los latidos, perdiéndose en la oscuridad. Las voces de los soldados se hacían más roncacas al llegar a sus oídos cabalgando sobre la gravedad de los retumbos de las gruesas pieles de los tambores.

Cantaban tonadas guturales que salían de lo más profundo de sus estómagos. Hombres convertidos en horda, que Niclai nunca pensó que llegaría a odiar tanto. Sobre sus cabezas esperaba una jauría de perros mitológicos, con la misma fiereza en sus rostros que las cabezas de lobo que acababan de dejar atrás.

Su cuerpo empezó a temblar. Sintió las piernas débiles, como la primera vez que le hizo el amor a Ela, escondidos en un pajar

remoto, lejos de los padres de ambos. Ajenos a lo que les deparaba el futuro.

Se sintió liviano y débil. Estuvo a punto de pedir un poco de agua, pero se lo pensó dos veces al imaginar que ese gesto podría transmitir su miedo a sus compañeros. Ya no había vuelta atrás. Los nervios daban paso a algo más fuerte, constante e implacable. No tenía control de su propio ser.

Hacía un momento, le había gustado oír las felicitaciones del soldado por ser quien era; incluso se había sentido orgulloso por poder ser útil en aquellos momentos difíciles. Pero el protagonismo perdió importancia a medida que avanzaron por el túnel. El valor y la confianza se fueron quedando pegados a la humedad de las paredes. Y sentir tan cercano el final era como verse desnudo en medio de un páramo nevado.

Todo parecía tan absurdo...

El recorrido acababa en una pared vertical, sobre la que se había tallado una escalera, reforzada con listones de madera. Todos miraron arriba y vieron la forma de la trampilla cuadrada, perfilada por las líneas de luz que se colaban por los bordes. Instintivamente, volvieron la vista atrás, y de repente la perspectiva del regreso por el lúgubre pasadizo no se les hizo tan repulsiva.

–Subiremos de uno en uno –ordenó Anibarca–. Yo iré primero.

Le vieron ascender decidido por los apretados peldaños. Una vez arriba, a una distancia de unos cinco metros del suelo, alargó una mano para llegar al cierre de la trampilla, mientras con la otra se agarraba a la escalera. Niclai observó el grosor del cierre y comprendió que se trataba de una versión reducida del que bloqueaba el portón de los lobos. El soldado se ayudó del zarandeo de todo su cuerpo hasta que logró retirar el pestillo por completo. Los chirridos del metal apenas se oyeron, al quedar apagados por la algarabía y el vocerío provenientes del exterior.

Niclai se sentía en medio de un sueño. Tenía la sensación de que las palpitations de los cantos amenazantes agitaban el aire de un lado al otro, rigiendo la ley del viento con la ajustada decisión de sus voces. Anibarca apoyó la espalda contra la trampilla y comenzó a empujarla hacia arriba. En cuanto se hubo separado un dedo del suelo, el sonido del exterior se amplificó dentro de la bó-

veda, como si la propia luz adquiriera peso y se hiciera líquida al aumentar su torrente. Dieron unos pasos atrás, sobresaltados, y apartaron los ojos del brillo cegador del día que invadía el túnel. El jefe siguió empujando, aparentemente inmutable, con un gesto de esfuerzo en la cara. La pequeña pero pesada trampa se abrió por completo, y el color de la mañana entró medio difuminado para dibujar formas olvidadas en las piedras del túnel. El eco del ruido animal les llenaba ahora, sintiéndose envueltos por un coro infernal que no necesitaba tomar aliento.

Uno de los elegidos empezó a balbucear algo que los demás no entendieron. Le vieron extrañado y turbado, ante la imposibilidad de escuchar siquiera su propia voz. De súbito salió corriendo como alma que lleva el diablo, de regreso a la ciudad. Los soldados no le dieron importancia. Se limitaron a cerrar el paso al resto, para evitar que alguno de ellos tuviera la tentación de seguirle. Niclai y los que quedaban le observaron hasta que desapareció en la penumbra del túnel.

En aquel momento, Niclai pensó en lo ridícula que era aquella huida. La situación que estaban viviendo parecía una broma del destino: no era sólo el hecho de que fueran a obligarles a salir por aquella trampa, hacia una muerte segura, sino que ninguno de los presentes tenía ya escapatoria. Ni siquiera ese tipo asustado que escapaba túnel adentro se auguraba mejor suerte.

Comenzaron el ascenso por la escalera. Niclai sintió un escalofrío al tocar la madera húmeda y caliente de un peldaño. Miró hacia arriba, y comprobó que el hombre que le precedía en el ascenso lo había manchado con sus botas empapadas de orina. Se preguntó por qué a él no le había ocurrido lo mismo. ¿Acaso su cuerpo no se había dado cuenta de lo que estaba pasando? No..., simplemente respondía de otro modo al miedo. Estaba empapado en sudor. La posibilidad de la muerte llenaba su paladar de un sabor ácido que descendía por su garganta.

Subió con tan poca decisión como los demás. No sabía exactamente dónde se suponía que les llevaba aquella escalera, pero al mirar hacia arriba y descubrir un trozo de cielo pensó que los acontecimientos estaban a punto de precipitarse, como en un orgasmo que pretende ser controlado.

El jefe de los soldados les fue ayudando a salir. La trampa estaba abierta en medio de un minúsculo espacio, rodeado de altas zarzas por todas partes. Las voces de los soldados seguían sonando amenazadoras. Oídas en campo abierto estaban empapadas de un realismo carente de alternativas mundanas. Consejos amables de un verdugo.

Los soldados se repartieron por el borde y atisbaron a través de las apretadas ramas de los arbustos. Conformaban una tupida y espinosa maraña, que no permitía ver más allá, y que por ende les ocultaba adecuadamente. Los hombres que iban saliendo se quedaban cerca de la trampa y observaban a su alrededor con la actitud de quien llega a un mundo distinto al suyo. El calor del ruido que esperaba tras los cerrados matojos latía como la humedad de un verano en la costa.

Anibarca rompió la relativa tranquilidad con sus gestos apremiantes. Indicó a un soldado que se abriera paso por las zarzas. El muchacho asintió y desenvainó la espada. La maleza superaba en algunos puntos los tres metros. Descargó el filo contra la base de las plantas. Era un arma pequeña y ligera, con la que efectuaba movimientos rápidos y certeros. Los demás le miraban inquietos. Aunque el sonido de las voces y cánticos lo llenara todo, se les antojaba arriesgado hacer el más mínimo ruido.

El soldado apartó el ramaje a un lado con los pies. Se agachó y comenzó a desplazarse de rodillas, casi tumbado, siempre con la espada por delante. Se detuvo cuando ya sólo se le veían las botas. Entonces retrocedió de nuevo, reptando apresurado. Se puso en pie de un salto y miró al jefe con rostro grave. Sus ojos regalaban una intranquilidad excesiva incluso en la situación presente.

Anibarca comprendió. Escrutó al resto de los soldados. Niclai detectó una comunicación muda en sus miradas, y la supo llena de significado.

El jefe se acercó al hombre que estaba junto a Niclai –uno de los del molino– y le puso la mano en el hombro.

–Vuelve a entrar en el túnel y cierra la trampa por dentro –le dijo en un susurro–. Luego corre a la ciudad, y diles que yo te he pedido que cierres el portón de los lobos.

Mientras escuchaba, el molinero no salía de su asombro. No se permitió tiempo ni para replicar agradecimiento alguno. Palmeó suavemente la espalda de su amigo del molino y, sin mayor ceremonia, se abalanzó sobre la trampilla, llevado por el mismo demonio que se había adueñado del otro desdichado que les abandonó dentro del túnel.

La trampilla se cerró escupiendo polvo. El jefe se agachó y posó la mano sobre el metal. Cuando notó que el cerrojo quedaba encajado al otro lado, dio un par de suaves manotazos, pensativo, ajeno por un momento al clamor constante de los soldados enemigos.

No iban a abandonarlos allí, pensó Niclai. Les habían llevado hasta aquella encerrona para enviarles a la muerte, corriendo entre un montón de animales hambrientos, pero ahora algo les había hecho cambiar de opinión.

Ya sólo eran seis corredores y cinco soldados.

El que había abierto camino entre las espinosas ramas de las zarzas esperaba para hablar. Anibarca le detuvo con un gesto de la mano. Prefirió meterse él mismo por el agujero para comprobar la situación.

Cuando volvió al pequeño claro sobre la trampilla, se levantó despacio. Seguía mirando hacia fuera del círculo, más allá de las cerradas y tupidas zarzas.

Quería decir algo que sirviera de ayuda, como que ellos representaban la última esperanza de la ciudad, o que el mensaje que iba a ser llevado en volandas por los pies de los corredores significaría la redención de muchas vidas en Borno... Pero no encontraba fuerzas para mentir.

Se apiadó de los soldados que le acompañaban, más incluso que de los corredores. Para ellos no era relevante el modo en que iban a morir. Para los soldados, en cambio, era un detalle tan crucial como el modo de nacer.

Eso le dio fuerzas para buscar algunas palabras. Se dirigió a todos y cada uno de ellos, dedicándoles unos segundos de su impenetrable mirada. La convicción que albergaba en el mensaje era para sus hombres, pues sabía que ellos se sentirían más fuertes si les demostraba de alguna forma que podían valerse por sí mismos.

–Las fuerzas que nos rodean son mayores de lo que habíamos pensado –empezó a decir–. Aún estamos muy lejos de la última fila de hombres.

–¿Cómo de lejos, señor? –preguntó el que había traído a Niclai.

Anibarca frunció los labios, conteniendo su indecisión con una oportuna arrogancia.

–Lo bastante como para que sea necesario que nosotros salgamos antes que los corredores, soldado –contestó finalmente–. Así que ahora procurad no pensar, y limitaos a escuchar el sonido de mi voz.

Los soldados se acercaron a él, en una pequeña reunión circular que tuvo más de solemne que de rutinaria. Niclai no entendió lo que estaba sucediendo.

Ese día no.

* * *

El capitán de jinetes Elio Bridago gozaba de una posición privilegiada para observar el desarrollo de la inminente entrada en Borno. Desde lo alto de los límites del valle dominaba el despliegue completo del ejército. Sólo un molesto arbusto espinoso de considerables dimensiones impedía un tanto su visión de la que iba a ser, sin duda, una de las victorias más fáciles de su señor, el temido Lombar Natoque.

A decir verdad, su parecer acerca de Natoque no era el de un hombre temible. No le tenía miedo, sino un respeto profundo. Era culto y seguro, capaz de rebatir hasta los argumentos más afianzados. Tomaba decisiones rápidas y eficaces. Y sabía convencer al enemigo de la inutilidad de un enfrentamiento. Ganaba batallas antes de haberlas empezado.

La gente murmuraba la superstición de que Lombar Natoque era el último mago que quedaba en la tierra. Su leyenda contaba que así fue como comenzaron sus conquistas: haciendo mella en las creencias populares. Prohibió todo tipo de manifestación religiosa, y después relegó pacientemente a los magos al olvido, apartándoles de las apariciones públicas y, supuestamente, asesinando a muchos de ellos.

Elio hablaba pocas veces con él. Era un hombre ocupado y distante, al menos hasta que necesitaba dejar de serlo. Su principal preocupación era que sus subordinados fueran fieles y eficaces. Sabía premiar las victorias y castigar las derrotas. Los generales aprendían rápido a asumir responsabilidades. Debían ser capaces de conducir a los hombres en el campo de batalla, sin importar de dónde los hubieran tenido que sacar, y cerciorarse también de que éstos fueran respetuosos con sus superiores; la misma disciplina que inculcaba el propio Natoque a sus más cercanos.

Finalmente, el miedo a las represalias era lo que mantenía activo el motor del mando.

Siendo Borno la última ciudad que quedaba por conquistar, los generales que acudieron aquel día se cuidaron mucho de que el ejército fuera el más numeroso que hubiera visto jamás persona alguna. Tampoco Elio Bridago recordaba haber contemplado nunca un despliegue militar tan numeroso como aquél, y se alegraba de formar parte del bando vencedor.

Estaban esperando por una simple especie de cortesía engañosa. Todos los generales habían acordado la entrada por la fuerza en la ciudad. Natoque lo había indicado como un regalo, más que como una orden. Borno iba a ser reducida a cenizas, fuera rendida antes o no. Todos lo sabían, y por eso la tensión se contagiaba. El ataque perdería organización, porque la ciudad sería saqueada y después destruida, lo que dificultaría el reparto de los botines. La prisa se adueñaría de la codicia.

Tras los muros iban a desarrollarse mil batallas y enfrentamientos, incluidas las acostumbradas refriegas entre señores del mismo bando que pelean por el derecho a cierta parte de lo conseguido.

Pero evidentemente supondría menos trabajo que le abrieran las puertas a sus ejércitos.

Elio y el resto de los jefes de caballería serían los últimos en entrar. Así estaba estipulado. La primera oleada sería sólo de infantería, y los animales pasarían después.

Por eso ahora esperaban en retaguardia; espectadores dispuestos a comprobar el aguerrido empuje con el que las espadas se pre-

cipitarían al interior. Detrás de ellos sólo quedaban las tropas de abastecimiento y los carros de suministros.

La distribución de las divisiones para un asedio era radicalmente diferente de la que se utilizaba en una batalla en campo abierto. Para tomar una fortificación había que debilitar el interior primero, lo que usualmente significaba disparar proyectiles ardiendo desde las catapultas y haciendo uso de los arqueros. Con ello se facilitaba el avance de las torres de asalto y de la infantería.

Cuando las torres llegaban hasta la orilla del foso, se abatían las pasarelas desde lo alto, para que cayeran sobre los muros de la ciudad. De este modo se disponía el paso hasta el interior, sorteando la trampa de agua.

Si la maniobra tenía éxito, la misión principal de los que lo graban acceder era facilitar la entrada al resto del ejército. Ése era el momento clave del ataque: bajar el puente levadizo y tratar de inutilizar el sistema de elevación. Después, los que estaban fuera podían echar mano de los arietes para derribar el portón, en caso de que éste no hubiese podido ser abierto.

El foso de Borno era bastante ancho, lo que hacía prever una difícil operación de acercamiento. Pero a Elio le daba la impresión de que el ansia por finalizar una campaña tan prolongada infundiría a los hombres la furia necesaria para lograr la victoria. Les imaginaba chapoteando en el foso y trepando por los muros, a pesar de que la mayor parte de ellos no sabía mantenerse a flote ni era hábil tampoco en terrenos verticales.

Un extraño revuelo le distrajo de su observación del valle ocupado. A unos cincuenta metros de su posición, uno de los caballos próximos a la pequeña hondonada llena de zarzales relinchó molesto, y elevó las patas unos pocos centímetros del suelo.

Elio no le dio ninguna importancia; incluso sonrió. Los animales eran sensibles al nerviosismo de los jinetes. Sin duda notaban lo que se cocía en las entrañas de los soldados... Pero de pronto observó que el jinete desenvainaba su espada, alarmado, y que casi a la vez otra arma venida desde abajo se le clavaba por debajo del brazo. La imagen fue tan repentina que Elio parpadeó anonadado, sin dar crédito. Se concentró para cerciorarse de lo que estaba ocurriendo. La espada desapareció del cuerpo justo cuando

los jinetes que estaban más cerca dejaron escapar un grito de alarma. Una voz entrecortada y nerviosa desordenó la espera.

—¡Intruso! ¡Intruso!

De inmediato, un buen número de jinetes se agitaron al unísono, con sus monturas relinchando encabritadas y abalanzándose hacia los zarzales. Elio descubrió un filo rápido blandirse por dentro del grupo, que se iba apiñando aceleradamente sobre aquella zona tomada por los arbustos.

El capitán de jinetes seguía dudando. ¿Enemigos a semejante distancia de la ciudad? Aquello era muy extraño. Más lógico sería que se tratara de una rencilla entre soldados de su mismo ejército.

El griterío, henchido del vicio por la presa fácil, se hizo patente en la multitud. Elio sintió la excitación de su caballo; cabeceó arriba y abajo un par de veces, como si también él quisiera explicarse la situación. La aglomeración le arrastraba poco a poco hacia los zarzales.

Preocupado por ser el único que percibía lo absurdo del momento, se puso de pie sobre los estribos y trató de divisar el rostro del enemigo. La marea de gente que se volcaba sobre el desconocido era tan grande que Elio no tuvo duda de que aquel desgraciado duraría muy poco debajo de los caballos. Pero de pronto se encontró con que eran dos las espadas que se defendían de sus hombres.

A voz en cuello, llamó al señalero, que se había separado de su lado por culpa de la marea de caballos. Se encontraba unos metros más allá, sosteniendo el cuerno en la mano, embobado ante la visión de los enemigos que habían surgido del suelo como las setas.

—¡Señalero! ¡Toque al orden!

Pero el señalero no le oía. Elio tiró de las riendas a la izquierda, para dirigir su caballo hacia la marabunta de jinetes.

—¡Volved a vuestros puestos! —gritó—. ¡Volved a vuestros puestos, malditos sacos de carne!

Los que estaban justo a su lado reprimieron las ganas de acercarse más al punto donde se concentraba la diversión. Pero el resto no podía oírle, o fingía no poder hacerlo. La excitación se contagiaba.

Estaba llegando ya junto al señalero, con la viva intención de asestarle un puñetazo para que obedeciera, cuando se dio cuenta de que al otro lado de aquel enorme zarzal tenía lugar otra refriega. Desconcertado, observó cómo los jinetes se arremolinaban a ambos lados de la pequeña hondonada. Cada vez estaba menos claro lo que sucedía. Lo absurdo se había vuelto aún más absurdo. Sus hombres, relegados a una posición poco emocionante, tenían en mitad de las líneas de retaguardia a trofeos frescos que suponían un presente caído del cielo. La impresión general era que se trataba de un grupo de cobardes que intentaba escapar después de haber permanecido escondido allí dentro.

Elio se encontró de pronto ante un dilema. Sin saber por qué, pensó en lo que haría Lombar Natoque si estuviera allí. ¿Habría animado a los hombres para que acabaran con aquellos extraños, o por el contrario les habría recriminado por distraerse del desarrollo de la inminente batalla? Lo cierto era que no suponía ningún riesgo acabar con unos pocos desertores a semejante distancia de las murallas...

Aun así, al capitán de caballería le molestaba ver cómo su contingente se dividía en dos partes, cada una empeñada en alcanzar un flanco del zarzal.

* * *

A Niclai le habían colocado en cabeza del grupo de corredores. Estaba agachado entre las ramas, observando el exterior. El batallón que hacía unos momentos se mostraba ante él en perfecto orden de batalla se separaba ahora ante sus ojos igual que las ovejas frente al avance del perro pastor. La estrategia de Anibarca funcionaba: los cebos atraían a la caballería a los extremos, y despejaban el camino a los corredores.

A su espalda notaba el cercano cuerpo del herrero, apretado contra sus piernas como si fueran las de su propia madre. Los corredores esperaban en fila, y detrás del último estaba el único soldado que no había salido todavía a luchar fuera del zarzal.

Se suponía que debían sentirse orgullosos porque aquellos guerreros habían decidido entregar la vida en favor de una causa

común. Pero Niclai no quería contar con ese favor. No necesitaba que nadie le regalara una muerte. No quería estar allí. Quería volver a Borno y abrazar a Ela, y esperar a que el Duque rindiera la ciudad, que es lo que iba a hacer, dijera lo que dijera Monceo.

Tal vez, pensar eso sería suficiente para correr. Si lograba llegar al bosque podría volver a Borno cuando todo hubiera acabado. Regresar con Ela y casarse con ella.

Pero también pensaba que lo que estaba haciendo precipitaría otro final. Sin duda Lombar Natoque creería que enviar emisarios al exterior era un signo de negativa a la rendición, y eso significaba que Niclai contribuiría con su acción a la devastación de Borno... y a la muerte de Ela.

Por muchas vueltas que le diera, pensara lo que pensara, siempre llegaba a la misma conclusión: aquella no era una buena idea. Habría sido mejor quedarse junto a Ela, intentar sobrevivir a su lado... Tendría que haberle dicho al soldado que se podía meter su idea de sacarle de allí por donde le cupiera. Ahora lo sabía. Había sido un cobarde. Tendría que haberse dejado llevar por su instinto. Si pudiera volver a ese momento, al antiguo granero, ahora sería capaz incluso de matar al soldado... si se hubiera visto obligado a hacerlo. Así evitaría estar donde estaba, encogido y acobardado como sólo recordaba haberlo estado de niño.

Implacables mazazos resonaban en su pecho. Únicamente podía huir hacia delante. Correr...

–Creo que ha llegado el momento, amigos –dijo en un susurro el soldado que aguardaba tras ellos.

–Aún no –replicó Estanebrage.

Veía delante el camino abierto hacia lo alto del valle. Una ligera elevación de unos cien metros, y más allá de ella nada de nada: el cielo. Pero Niclai conocía bien el otro extremo. Había hecho excursiones fuera de la ciudad, y sabía que después de superar esa subida aún le quedarían casi doscientos metros hasta encontrar las primeras islas de árboles, que se sumergían luego en el bosque. Cuando lo alcanzara, estaría más seguro que en campo abierto.

–¡El camino está libre hasta lo alto! –insistió el soldado.

Niclai se preguntó cómo podía saberlo desde el fondo de la zarza. Él podía ver bien la escena que se abría ante ellos, y no le

daba la impresión de que fuera un camino tan despejado. Estaba claro que el soldado no alcanzaba a ver a los jinetes y soldados que gritaban como salvajes a ambos lados del paso.

—¡Sal de una vez, zapatero, no hay vuelta atrás! —Le increpó.

Estanebrage sintió el empujón del corredor que se agazapaba tras él. Aquel maldito soldado sin duda estaba azuzando al grupo con la espada. Al principio se resistió, pero enseguida se dio cuenta de que no iba a tener más remedio que echar a correr. Aguijoneado por el nervio de los que le seguían, reptó un poco más, hasta estar justo al límite de la vegetación. Y allí se detuvo una vez más, aterrorizado. La armadura metálica que lucían los enemigos era más temible de cerca. No tenía nada que ver con observarla desde la distancia, cuando los guerreros se alineaban orgullosos y Niclai los escudriñaba desde la distante curiosidad.

Descubrió un trofeo muy particular colgando de la cintura de uno de ellos: el largo hueso de una pierna humana. El miedo le dejó sin aliento. Aquello era lo más real que había presenciado en su vida. Sintió cómo sus ojos se abrían más de lo que eran capaces, y cómo sus músculos se tensaban y endurecían como una roca. Una tenaza le sostenía el corazón en un abrazo que le bloqueaba.

De pronto, uno de los jinetes se volvió y le descubrió desde lo alto de su caballo. En su rostro se dibujó una expresión de inofensiva extrañeza, pero Niclai percibió el vértigo de lo inmediato. Sin siquiera pensarlo, se puso en pie y echó a correr. Para cuando tuvo conciencia de lo que estaba haciendo, ya casi había alcanzado lo alto de la pendiente, y en ese momento oyó el primer grito de alarma a sus espaldas:

—¡Aquí! ¡Más intrusos! ¡Más intrusos!

* * *

Elio Bridago vio cómo aquel hombre aparecía de la nada y corría como el viento entre su contingente de caballeros. La evidencia golpeó su momentáneo desconcierto: lo había comprendido demasiado tarde.

—¡Aquí! ¡Más intrusos! —gritó sin pensar lo que decía—. ¡Más intrusos!

Otro desconocido salió del zarzal y echó a correr pendiente arriba. El primero ya había desaparecido, casi a la velocidad del pensamiento. Elio vio ascender al segundo, mientras sus hombres eran distraídos como perros cegados por la sangre en los dos costados de la zarza.

—¡Maldita sea! ¡Les estáis dejando escapar, idiotas! —vociferó iracundo.

Algunos jinetes cercanos a la brecha ya habían comprendido lo que sucedía, e intentaban nerviosamente que sus monturas se dieran la vuelta para perseguir a los que huían.

Un tercer hombre salió del zarzal y se puso en pie con torpeza. Dudó un instante ínfimo, al verse observado desde ambos lados por incrédulos jinetes. Dio un paso poco decidido para empezar a correr, y justo en ese momento el impacto de una flecha le sacudió el pecho secamente, dejándole clavado en el sitio. Sus ojos se le quedaron fijos mirando al frente, como si acabara de recordar algo importante. Otra flecha le atravesó la garganta de lado a lado, y entonces su pose extrañada se tornó en sorpresa. Elevó una mano para tocarse el cuello, pero mientras lo hacía su cuerpo iba cayendo hacia un costado, hasta que se derrumbó a plomo sobre la tierra.

Elio decidió que esa zona del campo ya estaba cubierta. Si salían más hombres, los que estaban cerca se encargarían de ellos. Se dirigió al jinete más próximo y le señaló el altozano en el extremo del valle.

—Hay dos que han logrado escapar —gritó—. ¡A por ellos!

El jinete asintió. Espoleó a su caballo, que cabeceó de inmediato y se lanzó al galope sin que le preocupara demasiado lo que se le ponía por delante. Elio fue tras él, aprovechando el camino que iba abriendo. Algunos de los que les vieron les siguieron sin dudarlos. Ahora era Elio quien parecía cegado por la sangre fresca: habían caído en una trampa inocente, y necesitaba resarcirse de su torpeza.

* * *

Niclai corría tanto que creía que las piernas se le iban a separar del cuerpo. Cuando alcanzó el límite superior del valle, no encontró,

como esperaba, una extensión yerma hasta el bosque más cercano, sino innumerables tiendas de campaña plantadas allí como por arte de magia.

Incapaz de barajar alternativas, siguió corriendo a través del campamento. Sorteaba objetos tirados por el suelo, caballos atados paciendone tranquilamente, y gentes ociosas que esperaban sentadas Dios sabía a qué. Voló a través de tiendas y fogatas, creyéndose capaz de pasar inadvertido si su presencia no duraba más de un segundo en cada sitio. Notó las miradas curiosas de hombres y bestias a su paso, y deseó poder salir cuanto antes de aquel interminable pueblecillo improvisado, para alcanzar la frágil seguridad del bosque antes de que le rebajaran el pescuezo.

Escuchó tras de sí la voz de alguien que le llamaba, pero no se preocupó de volver la vista atrás. De pronto se le disparó un sexto sentido en la nuca, transmitiendo el retumbar del tropel que le perseguía. Distinguía perfectamente los gritos enfurecidos de los hombres y los relinchos de sus caballos. Los cascots tamborileaban en el suelo a toda velocidad...

Aceleró aún más, braceando descontrolado, zarandeándose a medida que avanzaba. Lágrimas frías resbalaban por sus pómulos. La respiración se le iba por la boca, abierta en el énfasis de un loco poseído. Estaba tan concentrado en correr que ni siquiera oía el golpe de sus propios pasos. Creía que los pies no tocaban el suelo. Estaba volando lejos de su hogar.

Los ruidos a sus espaldas se alejaban conforme avanzaba. Alcanzó el final del campamento y se vio de pronto entre los árboles, con el silencio creciendo a su alrededor a medida que se internaba en el bosque sin dejar de correr. ¿Lo había conseguido? ¿Era posible que aquella idea descabellada hubiera salido bien? Estaba a salvo y escapando... Lo que había pensado antes de salir de aquella maldita zarza podría acabar por cumplirse. Ahora tenía que llegar hasta donde le habían dicho y avisar a ese ejército que esperaba órdenes. Después, ellos sabrían qué hacer.

Pero a él todo eso le importaba poco. No era de su incumbencia quién se quedara al final con Borno. Él regresaría, ocurriera lo que ocurriera. Tanto si Lombar Natoque lograba su objetivo

como si no. Niclai volvería junto a Ela. No había salvado la vida para nada.

No podía creer la suerte que había tenido.

Mientras avanzaba sin reparar en el cansancio, pensó en lo raro que resultaba conservar el optimismo a pesar de saber que el resto de los corredores y los soldados que le acompañaban ya estarían muertos.